

LA POESIA DEL HEROISMO Y LA ESPERANZA. LA PATRIA FUNDADA (*)

HACE cuatrocientos veintidós años un capitán granadino, que llevaba la Alhambra en el corazón y que se había abierto paso por el aire de los Andes con la punta de su espada y la punta de su alma, subió sobre su corcel y, ante el friso inmóvil de sus palúdicos guerreros, recorrió a galope el campo estrellado de flores como una égloga de Garcilaso. Luego, alzando la espada, tomó posesión del Nuevo Reino de Granada en nombre del César Carlos Quinto y fundó sobre el aire virginal y tembloroso del primer día, fundó sobre el cimiento de su heroísmo y su esperanza, esta ciudad de Santa Fe de Bogotá. El Capitán era Gonzalo Jiménez de Quesada, contemporáneo de Garcilaso, como él poeta, galante y navegante y, como él, Caballero del Emperador. Y sobre él, fundador de un reino, vorón esencial de una patria. Qué acto tan profundo y creador y misterioso se cumplió en aquel instante, cuyo latido estelar resuena todavía, cada segundo, en el corazón de Colombia. Pues de la barba oscura de Quesada descienden en serena corriente, o en destelleante transcurso o en furioso caudal o en patético discurrir los ríos y los años de nuestra Patria.

La escena es digna de un romance fronterizo, digna de un tapiz heroico, como aquéllos en los muros del Alcázar de Sevilla perpetúan las batallas del Emperador en Túnez. Y hacia ella vuelve esta tarde nuestro corazón, buscando sus orígenes, queriendo tocar raíces de piedra castellana y de río americano. Qué buen caballero era también este don Gonzalo Jiménez de Quesada, ahora inmóvil bajo la tierra colombiana y, bajo ella, sigiloso, poderoso y determinante como la sangre bajo la piel del hombre. El héroe fundador y tutelar, detrás del aire, en su guerrera eternidad gufe con su pulso cristiano, unitivo y generoso a esta patria turbada y dividida.

(*) Discurso de ingreso del autor en la Academia Colombiana de la Lengua.

UN SUEÑO HERMOSO, UN TERRIBLE SUEÑO

Ahora el capitán y sus soldados han caído de rodillas. En lo alto de los Andes, han sembrado ya una espada. Han sembrado instituciones civiles de Roma y de Castilla y hermosas y varoniles palabras de la lengua imperial que hablamos. El vasto silencio andino ha caído de rodillas también. El Padre Las Casas pronuncia las palabras que unen el cielo con la tierra. "Dios te salve, María", murmura el Capitán. Piafa un caballo entre el vaho de la mañana. Entre los árboles, igual que en las viejas litografías, los indios se asoman, curiosos. El agua huye cantando Ave María. La curva de los cerros, apenas violeta, apenas vispera de azul, se afina en el aire de nácar. Cruza un venado por el linde de la montaña. Suena, entre los árboles, la verde estrofa del viento. El Capitán se ha quedado lejano y absorto. "Sus grandes ojos de mirar inquieto, ahora fijar parece en el vacío." Quesada está viendo crecer su ciudad en torres y palacios. En miradores de galanía abiertos al aire andino. Y conventos en cuyos muros se deshoja la rosa latina de las declinaciones. Quesada mira, en lo lejano, henchirse y poblarse la patria neogranadina. Mira los viejos pueblos de piedra y de romance y las blancas ciudades del porvenir. Mira su pueblo de sangre mezclada y tumultuosa: pescadores del Caribe, mineros de Antioquia, jinetes de los llanos a la sombra de su palmera, labradores de las tierras altas, caucheros y marineros, bogas del Magdalena, pastores del altiplano y del Arauca, gentes del mar y las ciudades, de las fábricas y las aulas, colombianos y colombianos y colombianas con su alegría y con su drama. Mira galopar, lejana, la bandera de la libertad ante el caballo del Libertador —La ráfaga del pan, la sangre, el cielo—. Mira las gentes venideras de la ciudad que vendrá: oidores y frailes y soldados y menestrales y artesanos y estudiantes y togados. Las sombras azuladas de los poetas, la lanceada sombra de los héroes, la dorada estela fragante de las damas. Nariño sueña y padece. Caro y Pombo y Silva tocan el amor y la muerte y el misterio y la música con su mano de hombres. Cuervo levanta hacia la inmortalidad su epopeya de la palabra. El Capitán Quesada nos está mirando a todos, por hijos suyos, por neogranadinos, por colombianos. La pequeña tropa dice: amén. Cruza una nube por el cielo novísimo de Santafé. El Capitán Quesada pasa la mano por su frente como quien quiere borrar un sueño, un sueño hermoso, un terrible sueño.

En ese instante quedaba fundada nuestra Patria.

EL ESTILO COLOMBIANO

En este instante se definió por los siglos cuanto somos, en su sentido esencial y existencial. Colombia sería cristiana, jurídica, humanística y poética como Quesada. El deber de cada generación que adviene a la historia nacional consiste, ante todo, en ser fiel a la esencia de la Patria. Fidelidad que consiste en impulsar el pasado y el presente hacia nuevas formas del futuro, dentro del estilo nacional. Jiménez de Quesada, fundador de nuestra nacionalidad, y Simón Bolívar, Libertador de la Patria, nos dan la clave inicial del estilo colombiano. El estilo cultural de Colombia es humanista como Quesada. El estilo político de Colombia debe ser bolivariano: del Bolívar, digámoslo sin miedo, del Bolívar de la madurez,

el Bolívar de la Constitución Boliviana. En el orden religioso y moral, Colombia ha sido, es y seguirá siendo católica como Bolívar y Quesada. Y en la raíz de nuestro ser, como subsuelo de nuestra historia, nuestra cultura y nuestro estilo colectivo de vida, como veta esencial y cimiento espiritual inmovible, como inspiración y fuego central de la Patria, lo hispánico. España Madre. Que para crearnos sobre el nebuloso caos anterior hubo de desangrarse sin medida y sin término, hubo de darse a lo divino, que según palabras de santo, consiste en dar lo que se tiene y más de lo que se tiene.

UNA ROSA SOBRE UNA ESPADA

Decimos España Madre y una ráfaga de sagrado orgullo, de patética música secular, canta a la altura de nuestros oídos. (¿Habéis caído en que jamás se dijo Madre Francia o Inglaterra Madre?) España fundadora es, pues, nuestra Roma. Por las venas de España nos vienen el Eros helénico y la caritas cristiana, el logos griego y la norma, la voluntad romana. Por España nos insertamos en lo universal, en la cultura a la cual pertenecemos filialmente, que es la cultura occidental y cristiana. La cultura que reconoce su centro en la sagrada y libre persona del hombre, del hombre hispánico de carne y hueso, dotado de un alma inmortal, capaz de salvarse, y responsable ante Dios. Cultura que para nosotros es católica, grecolatina, hispánica y americana. Honor, dignidad, hidalguía, libertad, respeto por el hombre, son nuestra herencia española y el humanismo español que no es otra cosa que histórica y heroica aspiración a la unidad: el impulso genial de Isabel la Católica completa la unidad espiritual del mundo. Un marino español, Elcano, completa la unidad geográfica de la tierra. (Una sola eran todas las tierras, como una sola eran todas las almas de los hombres.) Un teólogo español, Laínez, define la unidad metafísica del mundo. Otro fraile español, en Salamanca, entre sus doradas piedras caídas de la luna, bajo la mirada de Dios y del César, proclama la unidad de la raza humana, el parejo destino trascendente de todos los hombres y la dignidad del hombre americano. Y no olvidemos que otro español de ánimo errante, quimérico y heterodoxo, descubrió la circulación de la sangre. Sobre esta básica tensión hacia la unidad se funda el humanismo español del cual somos nosotros, hispanoamericanos, criaturas y herederos. La grandeza de España radica en haber configurado un mundo histórico y social, dotándolo de su savia espiritualista y caballeresca, en haber elevado a lo más alto el valor hombre en los Quijotes y Amadises de América. Fe en el hombre. Confianza en el hombre. Esperanza en el hombre. Dignidad del hombre. Libertad profunda del hombre. Esto somos. Esta es la tradición colombiana. Y esto lo que debemos prolongar y defender. Esto que nos trajeron las naves cuyas velas inflaba el inmenso viento de España y de Cristo. El viento del espíritu. Y en ellas, también, sobre el heroísmo, la lengua, como una rosa sobre una espada. Pero la tradición, ya se dijo certera y bellamente, no puede limitarse a un ánimo de copiar lo que hicieron los grandes que nos antecedieron, sino en el ánimo de adivinar lo que harían ellos en nuestra circunstancia.

EL AREA DEL ALMA

Es bueno y justo y saludable esclarecer y afirmar orgullosamente nuestros orígenes en estos solemnes días memoriosos. No hay patria sin historia, que es la conciencia del propio ser. No hay nacionalidad sin una idea siquiera aproximada de su vocación y destino. Una nación sólo obra válidamente cuando obra en el sentido que le determinan su propia índole, su mismidad, su autenticidad, prescritas en su historia, prefiguradas en sus héroes. Para hacer, hay que ser. El problema de lo que haremos está condicionado al problema de lo que somos, a nuestros orígenes. No basta levantar estatuas a nuestros héroes conquistadores y libertadores, si les negamos o regateamos nuestra inteligencia y nuestro corazón. Si no ponemos a los pies de la estatua y al pie de las tumbas nacionales nuestra voluntad de continuar su espíritu y de encarnar sus sueños. Queda, pues, en claro que pertenecemos a una vasta confederación de almas llamada Mundo Hispánico y que ello nos determina históricamente, en nuestra vida colectiva, y nos configura o debe configurarnos espiritual y terrenalmente en nuestros actos como nación. En el drama de imperios que vivimos, patéticamente asaltados y aterrados por dos materialismos en pugna, nuestra misión consiste, creemos algunos, en defender el puesto del hombre y del espíritu en la lucha total por el poder total. Y para ello, ante todo, tomar conciencia de que somos una comunidad de pueblos con unidad de destino en lo universal. Como España fue Imperio y no emporio, caducado el poderío político, evaporada la pujanza de signo material, España se salva en Hispanoamérica, proyección de su sangre y de su alma, se salva en su designio espiritual, se salva en una misión superior de tipo ideal, la misión de restaurar el alma, de restaurar la unidad metafísica del mundo, de recordar al hombre la comunión de los santos y su participación en la eternidad. Misión que debe asumir nuestra América integral y conjuntamente con España. Somos, pues, el área del alma. Todo esto, así enunciado, parece una quimera. Pero las patrias están amasadas también con las quimeras de los poetas. Y lo nuestro, lo de los poetas, es abrir una brecha en el imposible. "Me gusta, cuando voy a caballo, cantar canciones de Ariosto", confesó Don Quijote. Lo nuestro es querer derrumbar con la voz el muro que oculta el porvenir. "Tanto habían cantado los clarines, que un día entre los días, la Jericó escéptica se desplomó ella sola. No hizo falta el empuje definitivo porque hondos y profundos, los redoblantes habían socavado los cimientos. Siempre ha sido así y siempre será así. Siempre los muros cívicos han caído a golpe de canciones, al son de las trompetas." Y donde no hay rapsodas, centinelas de la luz, que esperen al amanecer y lo esperen cantando, donde no hay canciones de vaticinio y profecía, no hay política, ni polis, ni patriotismo, ni patria. ¿Verdad, Eugenio Montes? Juventud, divino tesoro. Es nuestra el alba de oro. Sólo la música y la primavera son irrefutables.

NUESTRA CAMPANA SUENA POR EL CIELO

Existe, más allá de nuestras amadas, intangibles y soberanas realidades nacionales, una realidad sobrenacional, una comunidad ideal, una potencia moral, aquella por la cual lucharon Isabel la Católica y Simón Bolívar, aquella que vaticinó Rubén Darío, aquella que soñó nuestra generación en sus horas más puras

LA POESIA DEL HEROISMO Y LA ESPERANZA. LA PATRIA FUNDADA

y patéticas, aquella que queremos llamar nacionalismo hispánico planetario, con misión universal y lengua imperial. De nuevo nuestra campana suena por el cielo y existe de nuevo, aquí lo estamos respirando, un patriotismo hispanoamericano. Que nuestra generación asuma el grave destino de encarnar en hechos políticos, en realidades del mundo actual, lo que hasta ahora tenía la forma de un sueño, un sueño de poetas y visionarios.

Que nuestra generación asuma, enfrentándose, si es preciso, al imposible —como los conquistadores y los libertadores se enfrentaron al imposible de su tiempo—, la magna tarea de restaurar la unidad del mundo hispánico y de hacer de Hispanoamérica la nueva patria de la juventud y el equilibrio, la estrella de la fe y la libertad, el último refugio del humanismo y la caballería. Hispanoamérica (España y América) debe elevarse otra vez a instrumento de historia universal, encontrando la alianza de la libertad y la justicia y del pan y del infinito, del alma y su contorno, de la sagrada persona del hombre, y el Estado, instrumento de Dios, de la nación y del pueblo. Que una ráfaga mágica ponga en marcha las almas y los hechos como en una resurrección y en ello nos asistan nuestros héroes, conquistadores y libertadores.

¿QUIEN ME AYUDA A TRAER LA PRIMAVERA?

El Mundo Hispánico empieza a proyectarse, a concentrarse, en hechos de política y economía. En las realidades del mundo contemporáneo. Es decir, que empieza a ser verdad, una verdad del alma y de la tierra, que vive, anda y ama. "También entre los pucheros anda el Señor", dijo en su entrañable y popular castellano la andariega y tan amada santa de Avila. Es decir, somos una sagrada y misteriosa integración de cuerpo y alma. Y no son posibles las cosas del espíritu sin un sustento material, en donde pueda el espíritu apoyar su paso transparente. Así, a la integración del alma, lengua, sangre y fe, debe corresponder una integración e intercomunicación de técnicas y economías. Y al intercambio de amores y de ideas, un intercambio de mercaderías. Nuestro más urgente quehacer es entonces la unidad en todos los órdenes.

La unidad constituye para nosotros, pueblos hispanoamericanos que miran a los dos grandes océanos del mundo, cuestión de vida o muerte, tarea inaplazable sobre la cual no podemos errar si queremos, una vez más, participar en la Historia Universal. La unidad —esto es preciso repetirlo angustiosamente— es la suma y decisiva condición de nuestra permanencia en la Historia con signo diferencial. En la dispersión seremos, por una fatal e ineludible ley histórica, sojuzgados, absorbidos y colonizados. Es ésta, y no otra, la misión dramática de nuestra generación, entendiéndola por tal a la comunidad de todos los hispanoamericanos nacidos después de 1900. Es ésta la circunstancia esencial, es éste nuestro destino insoslayable, nuestro deber en la historia que vivimos y sufrimos, y en la que es nuestro destino particular.

Conquistadores y libertadores cumplieron su destino, el suyo, el de su tiempo, trágica y bellamente. Ponemos hoy ante la juventud, alto y destellante, el hermoso y arriesgado destino de ser la generación unificadora, reunificadora, que

EDUARDO CARRANZA

complete, en orden al Mundo Hispánico, la misión de la generación libertadora. Avancemos hacia ese destino alegre y seriamente, apoyados en el pasado, andando sobre el presente y con una mano en el alado corcel del futuro. Avancemos hacia la aurora de esa solemne estación humana que ya sentimos en las entrañas del porvenir, tácita, futura, subyacente, como la próxima primavera. "¿Y quién —pregunto tiernamente con Stefan George—, quién me quiere ayudar a traer la primavera?"

EL FIN DE UN MUNDO

Nos ha tocado —le ha tocado a mi generación, que es una generación de náufragos— vivir en un mundo caído, en donde el hombre perdió la conciencia de los valores eternos y de su origen divino, en un torvo mundo en donde han fracasado los ideales renacentistas, la cultura caballeresca y las utopías decimonónicas. Tres siglos de escepticismo y desorden, de vaguedades humanitaristas y de ilusiones cientifistas nos han conducido al límite vertiginoso en que vivimos: a la torrentera del materialismo histórico, al pantano existencialista. Nos ha tocado vivir en el confín de un mundo, en el sangriento atardecer de una edad histórica, en el crepúsculo del renacimiento, en vísperas de un nuevo milenario y con el aterrador presentimiento de una catástrofe cósmica. Digamos, sencillamente, que no nos gusta el mundo en que vivimos, que no nos gusta la vida que vivimos, cuando casi todo está deshecho y envilecido. "Hay que volver a encontrar nuestras raíces y descubrir una manera de ser hombres que nos devuelva la vigencia del espíritu de comunidad, una razón vital que dé sentido a nuestros actos y una nueva manera de vivir nuestra fe que dé sentido a nuestra vida. Es decir, tenemos que llegar a ser hombres, a ser escritores, a ser católicos de manera más perfectiva, esforzada y total." (Cito a Luis Rosales.)

No nos gusta la vida que vivimos, repito —odio, injusticia, mentira, crueldad, falsificación de la libertad—. Nuestra obligación es hacer que la suya le guste más a nuestros hijos.

LA POESIA QUE PROMETE

"Cuenta Plutarco que los egipcios descubrieron este mito sublime. Un dios semejante a Mercurio —que es la razón— la arranca los nervios al viento para hacer las cuerdas de la lira. Cuando suena la música, la multitud se mueve, se emociona y echa a andar tras el lírico divino. Y luego acampa y funda la ciudad. Es decir, la Polis; es decir, el Estado. Así se edifican las patrias y así, cuando están derruidas, se reedifican para que vuelvan a ser, de campo de soledad, mustio collado, Itálicas famosas, flores de civilización y compañía." (Cito a Eugenio Montes.)

Yo voy entrando, entré ya, en eso que Platón llamó, no sin nostalgia, la segunda navegación. Y me pregunto si el poeta puede ser neutral en la batalla de nuestro tiempo. Nuestros prójimos, nuestros próximos, quieren justicia y fe, tam-

LA POESÍA DEL HEROISMO Y LA ESPERANZA. LA PATRIA FUNDADA

bién paz y esperanza, y amor y libertad. Y pienso que en un tiempo de crisis, en una época de tan graves decisiones para nuestra patria colombiana y nuestra gran patria hispánica, cuando peligran todos los valores que han sido el fundamento de nuestra vida personal y colectiva, pienso que el latido político en su sentido más alto y hondo y puro, no puede estar ausente de nuestra palabra poética. Toda gran política en la historia universal, fue siempre una política poética. El hombre como hombre se debe a su tiempo y a su patria, y la única forma de pertenecer a la historia es pertenecer a su patria y a su tiempo. Cuando digo **mi amor, mi patria**, dice más o menos Kierkegaard en alguna parte, quiero decir la patria a que pertenezco, el amor al que pertenezco. Y pienso, con un joven héroe español llamado José Antonio Primo de Rivera, que a los pueblos no los han movido nunca sino los poetas, y que es necesario oponer a la poesía que destruye, la poesía que promete. Heidegger escribió una página luminosa sobre el valor premonitorio y fundacional de la palabra poética. Yo quiero repetir, aquí y ahora, que todo cuanto luego fue grande y glorioso —héroes y patrias, imperios y ciudades, navegaciones y batallas— estuvo antes en los sueños y en el corazón de los poetas. Apresuré la sangre y subió a melodía, a música andariega, en los labios de vate famoso o anónimo cantor. Todo fue antes en la palabra poética, que tuvo siempre creador fundacional y que siempre convivió hermosa y heroicamente con la Historia. Siempre, junto al estribo del César, fue un juglar. Siguiendo al Cid, tras el paso heroico de un caballo por encinares de Castilla, por pinares de Cuenca, por olivares andaluces, hasta desembocar con su río de lanzas en el mar azul de Valencia, va el anónimo juglar, atraviesa su Imperio sobre "el negro potro del desierto moro" en que le pintara el Tiziano, vuela como un gerifalte el soneto inmortal de Hernando de Acuña. Y le sigue su corte renacentista de galanes —Cetina, contar los ojos claros, Garcilaso (1), Acuña (2) y Diego Hurtado de Mendoza—, que a un tiempo crean el imperio y la lengua poética en que todavía hablamos con Dios, con el mundo y con nosotros mismos los hispánicos de aquende y allende los mares. Colón cruza el océano, poeta de sí mismo. En Lepanto, sobre la proa de una galera, mientras Don Juan de Austria alcanzaba la media luna, Miguel de Cervantes se desangra de su brazo izquierdo para mayor gloria de la mano diestra. Y Bolívar, cruzando pampas desmesuradas, trepando riscos y cortando ríos con su pecho, fundando patrias y vaticinando, es a un tiempo Odiseo, Aquiles y Homero de su epopeya. Todo fue antes en la palabra poética, también las tierras soñadas que luego se convirtieron en nuevas Indias, en temblorosas Américas.

POESÍA DE VIDA Y ESPERANZA

Nosotros, poetas de América —la que tiene forma de corazón, forma triangular de arpa con ríos y vientos como cuerdas—, vamos a mover ese formidable corazón, a pulsar esa arpa multicolor. Pero cantando, no la canción del odio, el pesimismo, el derrotismo, la muerte, el nihilismo, el agonismo, no la canción de los sentimientos negativos, sino la balada de la ilusión y la alegría, de la vida y la esperanza, como quiso e hizo Rubén Darío cuando nos señaló el camino hace sesenta años.

Tal vez estemos en la puerta de una nueva edad oscura, de una noche oscura

EDUARDO CARRANZA

sin alma. El tiempo sufre en nuestros corazones. A este sufrir que es a la vez un esperar, llamaron **plegaria** los místicos. Y el rezo se expresó siempre con cantos, nunca con leyes administrativas, ni con reglamentos, ni con estadísticas, ni con vagas planeaciones económicas, ni con expedientes. Con himnos y con anhelos se pidió siempre a lo alto la salvación del pueblo.

Yo aspiro, he aspirado siempre, a una poesía de la ilusión y de la esperanza que nos ayude a vivir. Más aún: la poesía que, aunando vatídicamente lo épico y lo lírico, exprese lo radicalmente americano (hombre - tierra - paisaje - pasado - porvenir) y anuncie el nuevo tiempo, la unidad de destino de los pueblos hispánicos que se asoman a los dos grandes océanos del mundo.

En el orden de la lírica, se ha llegado a un extremo refinamiento verbal en la poesía de todo el mundo que habla español. Por esto y porque se trabaja con el refinadísimo instrumento verbal, heredado del modernismo y de la generación española y americana de 1925, se ha caído en una especie de reiteración de tópicos, en una suerte de cansancio y amaneramiento. Se está corriendo el riesgo, nuevamente, de la torre de marfil o de la espiral torre de cristal, de producir anémicas flores sin sangre en las venas. Y la Torre de marfil es inmoral. Por eso es preciso saltar por la ventana del cenáculo, de una retórica cansada, para buscar de nuevo el contacto con la tierra, con el hombre, con la historia. Abandonar la pretensión de poesía pura, en el sentido de los años treinta, y cantar rapsódicamente al aire libre, bajo las estrellas.

ALUMNO DE PLATON, ESCUDERO DE GARCILASO, SOLDADO DE BOLIVAR

Señores Académicos: me parece que en esta tarde, el calor de la hora, el aire bordado por la música y humedecido por las miradas de los rostros más queridos —mi madre, mi esposa, mis hijos, mis hermanos—, las viejas amistades, las súbitas amistades nuevas, las añoranzas y los presentimientos, constituyen una tan perfecta melodía, una tan dichosa confluencia de circunstancias, como si esta tarde, esta prima noche, me estuviera buscando desde el fondo del tiempo y todo para ella viniera preparándose en una como secular, callada y misteriosa gestación. Bien valía la pena mirar las nubes y escribir en la arena y edificar en el viento vagos castillos de palabras, y haber cantado las muchachas y su boca rosal y la patria, sus héroes y sus ríos, para sentarse un día entre vosotros. Sólo puedo ofrecerles el orgullo de no haber pertenecido a ninguna república de envidias y de haber soñado los más altos sueños nacionales. El orgullo de no haber escrito oscuros cantos, ni invitaciones al odio, ni odas al arrabal de la persona humana. El orgullo de haber alzado contra el imposible, en medio del camino de la muerte, la bandera de la vida, el amor, la esperanza y la ilusión juvenil.

Tal vez al cubrirme esta noche de un honor inmarcitable, habéis querido honrar en mí a uno que quiso ser un lejano alumno de Platón en esta época de la náusea, a un escudero del caballero Garcilaso en esta época sin caballería, a uno que sólo ha querido ser un soldado de Bolívar, su padre, su amigo, su maestro, su capitán, su jefe único y su único jefe.

Y EN LA MANO UNA ESTROFA DE AMOR

Conocéis la leyenda: "Navegaban hacia una isla, recién descubierta, varios hombres, remando. La tierra habría de ser para quien primero pusiera la mano en ella. El más ambicioso, el más desprendido, cortándose la diestra, la arrojó a la orilla por la borda. Y si perdió la mano, ganó, para sus descendientes, tierra y nobleza."

Vaya esta mano ideal a tocar la tierra nueva de la poesía del porvenir. Y en ella una estrofa de amor:

Hemos amado a nuestra patria tanto
como lengua mortal decir no pudo.
Y podemos mirar serenamente
y de frente los ojos de Colombia,
llenos de aviones, ríos y batallas,
de campanarios, sueños y canciones,
de siglos, de doncellas, de navíos,
y a menudo también llenos de lágrimas.

La patria es nuestra hija cada día,
y distraídamente acariciamos
su cabello, y dejamos por sus sienes
una rosa y besamos su mirada.
Nuestra patria descalza con los pies
hundidos en los ríos amazónicos.
La patria es un deseo de llorar
y a veces un deseo de cantar.

EDUARDO CARRANZA